

Pregón Fiestas de San Isidro Labrador Uga 2019

Por: Benigna González Moreno ‘Nina’

‘Vivencias de calle y entre fogones’

Muy buenas tardes. Antes que nada, quiero agradecer al alcalde de Yaiza, Óscar Noda, y al concejal de Festejos, Javier Camacho, por invitarme a pregonar las fiestas de Uga, mi pueblo adoptivo, al que quiero y me ha dado tanto.

Gracias a Ustedes, todos los presentes, por dedicarme unos minutos de su tiempo para escuchar mis anécdotas y experiencias que llamo ‘Vivencias de calle y entre fogones’. No sé si son boberías, pero es lo que me vino a la mente cuando hice el ejercicio de recordar mis 45 años en Uga aceptando la invitación del Ayuntamiento.

Sí, aquí llegué en el año 74 desde la aldea de Vallebrón, en La Oliva, Fuerteventura, para abrir junto a mi marido el bar Casa Gregorio. No se me olvida: empezamos ilusionados con el negocio el 12 de octubre de 1974.

Antes no había ni teléfono y mucho menos ‘wasá’ ni toda la tecnología de hoy, así que estando yo en Fuerteventura y mi marido Gregorio Betancort viajando en barco por el mundo, pues

me enamoré de él por cartas y fotos, y miren ustedes aquí vine a echar raíces en esta bella tierra, que siento como propia.

Gregorio, en uno de esos viajes en barco por Europa, coincidió con mi hermano en una pensión de Bélgica. Mi hermano también estaba de marinero pero en otro barco. Gregorio le dijo que quería conocer chicas, que le mostrara fotos. Y para no alargarles el cuento, mi hermano al fin cedió a enseñarle una foto de esta chica guapa que ven aquí, y partir de allí empezamos a escribirnos cartas y a enamorarnos hasta que nos casamos yo con 23 años. Parece un cuento de ficción, pero fue el inicio de todo. Hemos trabajado mucho, tuvimos dos hijos y tenemos tres nietos. Hoy estoy feliz con mi familia y con mis 68 años de edad viviendo en Uga.

Soy sincera, de las fiestas de Uga lo que más echo en falta es la participación de la gente del pueblo. Que no suene a bronca, pero antes la gente salía y compartía en la calle. Hoy pasa la romería y vemos a mucha gente asomada por las ventanas o sentada en los muros viendo un espectáculo distante, como si la romería fuera ajena a nosotros. Si queremos fiestas y exigimos un buen programa lo menos que podemos hacer es participar. ¿Estamos de acuerdo?

Y lo lindo de participar no es hacer bulto o llenar sillas, lo lindo es compartir de verdad en un ambiente impregnado de buen rollo donde nos echemos unas risas, un vinito o un plato de comida confraternizando alegremente. Eso es lo que yo entiendo por participar. No ser simples espectadores, y nosotros los adultos y mayores debemos hacérselo ver a nuestros hijos y nietos.

Me emociono al recordar aquellas fiestas en las que en el solar enfrente de mi bar, aquí cerquita, se reunían vecinos del pueblo a disfrutar de las fiestas. Cómo olvidar la imagen de Juan Morales amasando gofio. Allí mismo se asaban sardinas, son recuerdos imborrables de mi juventud.

Recuerdo también que cuando vivía en casa de mi suegra, iba a casa de Simeón por el pan, pan rico. Me acuerdo de ese olor y sabor. Estas sensaciones tan agradables de los sentidos me transportan a aquellos años.

En fiestas Tomás Lemes salía con su burrito, porque eso del burro de “fulano de tal” suena feo y se puede hasta malinterpretar...

Hablaba antes de la participación, y la participación también es solidaridad. Otro ejemplo que viví en primera persona: los chicos del pueblo salían a la calle con altavoces pidiendo ayuda o cinco duros para empezar a levantar lo que hoy es el teleclub.

Juan Pedro Camacho, Marcial Calero, Gregorio Betancort, Juan Pedro Viñoly, los hermanos García y Chalo Viñoly, todos los chicos del pueblo, fueron los padres de ese punto de encuentro tan necesario para todos, y perdón si omito algún nombre.

Por un bar, saben ustedes, pasa muchísima gente y donde hay gente hay anécdotas. Una vez una señora me formó chiquita escandalera porque supuestamente yo era la culpable de que su marido se emborrachara diariamente, como si fuera algo de otro mundo que en un bar se sirvieran copas.

Por allí también iba el “viejito de los billetes verdes”, que ojo no es el mismo de las copas, para no confundir.... Era Juan Morales y le decíamos así porque decía que su almohada la tenía llena de billetes. Lo digo con orgullo, siempre me he sentido muy querida por la gente de Uga. Amo este pueblo y no me canso de repetirlo.

En el bar me dedicaba a la cocina, fueron nada menos que 43 años entre fogones. Servíamos sobre todo carne de cochino, luego garbanzas y luego fuimos ampliando la carta adaptándonos a los tiempos y a las demandas sin perder la sazón casera. El negocio creció y gracias a él y a horas y horas de trabajo pudimos sacar la familia adelante. En Uga estuvo primero la cantina de Simeón, luego el bar Timanfaya y después, el nuestro, Casa Gregorio.

Uga fue creciendo y me acuerdo también que en los años 90 fue objeto de una oleada de robos hechos por gente que no era del pueblo. Esto, lo que les voy a contar, parece increíble pero les juro que fue así. Juanito Machín, mis hijos William y Dimitri y otros jóvenes del pueblo hacían guardia toda la noche enfrente de casa. Pero no con armas ni nada parecido para atrapar ladrones. Se pasaban toda la noche entrenando lucha canaria, esa era su forma de hacer guardia y espantar a los amigos de lo ajeno.

Eso sí les digo en cuanto yo escuchaba algún ruido en casa o en el bar me levantaba a ver qué era lo que pasaba. Mi marido no, mi marido muy precavido él...

A pesar de todo, porque eso de los robos fue pasajero, Uga siempre ha sido un pueblo tranquilo de gente muy amable y muy trabajadora. Pedro Tavío, el padre de uno de los grandes artistas del pueblo, que es Tayó, venía con sus camellos y los chicos que jugaban bola canaria paraban el juego y levantaban los palos para que pudiera pasar con sus animales. Que estupendo ese trato familiar, de amigos, de conocidos, de hablar con tus vecinos, de poder ayudar en lo que hiciera falta.

Trato y buen ambiente que adornaba las celebraciones en honor a San Isidro Labrador. Después de la procesión del Día Grande los parranderos se iban a tocar a nuestro bar. Iban, entre otros, Pablo Hernández o Pablo “el del café”, como lo conocemos en Uga; Pedro Mariano Viñoly; Domingo Machín y Juan Pedro Camacho. Recuerdo que llegaban los mayores de Casa Heidi y como les gustaba y reclamaban que tocara la parranda, eran complacidos generosamente por nuestros ilustres parranderos, tanto, que como si de una corte se tratara todos ellos acompañaban con su música a los mayores hasta que se subían en la guagua. Esa imagen la recuerdo con cariño porque da una idea de la nobleza de nuestra gente.

Hoy todo no se los puedo contar, no sea que no me inviten más a decir otro pregón. Gracias por atenderme. Y recuerden lo que dije antes. La fiesta la hacemos los vecinos y ya que la tenemos, lo bueno es participar. Participar es divertirse y la diversión nos llena de alegría el cuerpo y el alma.

Felices fiestas mis vecinos, felices fiestas Uga y Lanzarote, todos están invitados a compartir con nosotros las fiestas de San Isidro Labrador, y como dice el cura, que así sea.